

*De la sal de las mujeres a las mujeres
de la sal: mito y realidad sobre
las salineras de San Fernando a través
de fuentes hemerográficas y orales*

Alejandro Díaz Pinto

Universidad de Burgos

María Isabel Menéndez Menéndez

Universidad de Burgos

Fecha de aceptación definitiva: 15 de octubre de 2022

Resumen: La importancia de la sal para la vida humana explica que este elemento tan común se denominara *oro blanco* y que su explotación haya influido en la economía y la sociedad de multitud de territorios y en todos los tiempos. La relevancia económica y política de las salinas del sur de España, como las de San Fernando, en Cádiz, explica el interés investigador sobre su historia, pero, de momento, no ha sido abordada desde la perspectiva de género. Con objeto de aportar nuevos conocimientos a la historia de las mujeres, este texto se interesa por la figura de las salineras a través del estudio de fuentes hemerográficas y orales. Como veremos, el retrato de estas féminas se polariza entre la mujer mítica, muy influenciada por el estereotipo andaluz, y la mujer real.

Palabras clave: mujeres, género, sal, salinas, Cádiz.

Abstract: The importance of salt for human life explains that this ordinary element is called *white gold* and that its production has influenced the economy and society of many territories in all times. The economic and political relevance of the salt flats of southern Spain, such as those of San Fernando, in Cádiz, explains the research interest on its history, but, for now, it has not been approached from a gender perspective. In order to contribute with new knowledge to the history of women, this text is interested in the figure of the salt miner woman through the study of newspapers and oral sources. As we will see, the portrait of these women is polarized between the mythical woman, very influenced by the Andalusian stereotype, and the real woman.

Key words: women, gender, salt, salt flats, Cádiz.

1. Introducción

La sal ha sido y sigue siendo un elemento de primera importancia para la vida humana. Ha sido imprescindible en el desarrollo de la vida y su historia forma parte de prácticamente todos los territorios desde la Antigüedad, “interfiriéndose en la de los procesos técnicos y socioeconómicos, ocupando incluso un lugar en el campo de las relaciones entre los pueblos”¹. Sustancia tanto común como noble, porque su explotación ha sido realizada de formas diversas, siempre ha sido aceptada y considerada como un bien valioso. A diferencia de otros productos, como el vino, nunca ha sido objeto de tabúes religiosos (aunque sí de rituales culturales), quizá por la importancia de su rol económico y político, de ahí su denominación como *oro blanco*. Dado que la explotación de los recursos naturales del mar y su circulación comercial están íntimamente asociadas con el consumo de grandes cantidades de sal, en las marismas continentales e isleñas de Europa occidental las explotaciones salineras contribuyeron a crear economías y formas de vida, convirtiendo zonas marginales en centros del tráfico mercantil marítimo. Así, la conservación de las salinas fue “una de las primeras señales del influjo de las ciudades sobre la economía del campo”². Es por ello por lo que la sal será esencial en la vida de comunidades con características singulares y susceptibles de estudios específicos.

La sal “es un punto de partida para la reflexión sobre una cultura”³, porque al mismo tiempo constituye un producto de esa cultura y también una explicación de ella a través de su producción, distribución y otros aspectos como los rituales: en pueblos indígenas y mestizos de América Latina, por ejemplo, cuenta con significados específicos del ámbito simbólico. Si bien en la actualidad es un producto de bajo costo y, por ello, accesible a la mayoría de personas, la historia de su obtención y comercialización a lo largo de la historia revela tensiones de clase, conflictos laborales, problemáticas políticas y disputas económicas.

Incluir la perspectiva de género en el análisis permite profundizar en las relaciones de hombres y mujeres, lo que amplía, en este caso, el conocimiento sobre, entre otras variables, el uso, acceso, beneficio y control de un recurso económico clave como la sal, unas variables que, generalmente, suelen estar atravesadas por valores sociales, normas y estereotipos culturales. Con este enfoque “es posible analizar las relaciones existentes al interior de los grupos sociales y las que se establecen entre ellos, así como las diferencias socialmente determinadas en un

¹ GONZÁLEZ, ISABEL y RUIZ DE LA PEÑA, JUAN IGNACIO: “La economía salinera en la Asturias medieval”, *Asturiensia Medievalia*, nº 1 (1972), p. 11.

² HEERS, JACQUES: *Occidente durante los siglos XIV y XV*. Barcelona, Labor, 1968, p. 14.

³ WÖRRIE, BERNHARD: *De la cocina a la brujería: la sal entre indígenas y mestizos en América Latina*. Quito, Ediciones Abya Yala, 1999, p. 10.

contexto dado”⁴. Esta mirada permitirá “seguir fomentando —incluso empujando— el desplazamiento de las mujeres desde los márgenes hacia el centro de la historia en general”⁵.

El caso de las salinas de la ribera gaditana, popularmente conocidas como salinas de San Fernando por concentrarse en esta localidad la mayor parte del aparato logístico que regía la industria, trasciende sobre otros centros productores de la península ibérica por su repercusión internacional. Cientos de navíos procedentes de Europa y América atracaban anualmente en el puerto de Cádiz para adquirir sus sales, afamadas en todo el mundo, primero como renta estancada en manos de la Corona, desde los tiempos de Alfonso X el Sabio⁶ y más tarde, a partir de 1870, como bien libre gestionado por industriales privados, organizados para el sostenimiento de los precios en lo que se conoce como Concierto Salinero o Sociedad de Cosecheros de Sal⁷.

Las características de estas salinas, producto de un proceso de antropización experimentado por el paisaje marismeño, así como los individuos directamente implicados en su mantenimiento y en las labores de extracción de la sal, vienen siendo objeto de estudios y análisis continuos desde finales del siglo XVIII. Numerosas investigaciones (de científicos/as, geógrafos/as, periodistas) y poetas han escrito sobre el laberinto de canales por los que circulaba el agua del mar desde que accedía a primeros de año, e iba incrementando en graduación según la profundidad y la acción del sol y el viento de levante, hasta la cristalización de la sal en los tajos. También, la extracción del producto a cargo de los paleros, su depósito en los serones de los burros por parte de los cargadores, el arreo de dichas bestias en manos de los *hormiguillas*⁸, la puesta del contenido sobre el salero por los vaciadores, y su colocación piramidal en el salero para evitar mermas, a cargo de los montoneros. Allí permanecía la sal expuesta a la demanda hasta que los mareantes o personal de barquería la trasladaba en lastres a través de los caños hasta la Bahía de Cádiz, donde esperaba el buque exportador, en cuyas bodegas la depositaban los alijadores.

⁴ SOARES, DENISE, CASTORENA, LORELLA y RUIZ, ELENA: “Mujeres y hombres que aran en el mar y en el desierto: Reserva de la Biosfera El Vizcaíno”, *Frontera Norte*, vol. 17, nº 34 (2005), p. 68.

⁵ AMELANG, JAMES S. et al: “Voces y reflexiones interdisciplinarias sobre la Historia de las Mujeres y la contribución de Arenal. Revista de Historia de las Mujeres”, *Arenal*, vol. 20, nº 1 (2013), p. 193.

⁶ REAL ACADEMIA DE LA HISTORIA: *Las Siete Partidas del Rey Don Alfonso el Sabio cotejadas con varios códices antiguos*. Tomo II, Madrid, Imprenta Real, 1807, pp. 710-711.

⁷ TORREJÓN, JUAN: “La sal de la Bahía de Cádiz y su distribución en los siglos XVIII y XIX”, en I. Amorim (coord.), *A articulação do sal português aos circuitos mundiais: antigos e novos consumos*, Oporto, Instituto de História Moderna, Universidade do Porto, 2008, pp. 130-131.

⁸ Niños encargados de arrear a los burros con serones cargados de sal entre el muro de los tajos y el salero, donde se depositaba el producto formando montones.

Una cadena perfectamente organizada en la que, sin embargo, no existe el elemento femenino. En cierto modo, es lógico: estos trabajadores eran todos hombres. No vivían en la salina ni acudían allí acompañados por sus mujeres. El papel de estas, en lo que a la sal respecta, se reduce a referencias literarias sobre su belleza, su gracia y su buen humor, y, muy tardíamente, a su imagen como símbolo de las fiestas tradicionales. Solo la mujer del capataz residía en la explotación. A ella hemos podido acercarnos a través de las fuentes orales circunscritas al siglo XX, las cuales, contrapuestas al material hemerográfico de esta centuria y la anterior, nos permitirán completar el cuadro casi inexistente de la relación entre la sal de Cádiz y sus mujeres en la Historia Contemporánea.

2. *Entre la literatura y la realidad*

Existe poca información sobre la figura de la salinera, la mujer del capataz o encargado de la salina que residía allí mismo dedicándose a las labores del hogar, cuidando la prole y a menudo colaborando cuanto podía —o se le permitía— en la ardua tarea de la recolección. En este epígrafe sí nos referiremos a ella, pero desde la perspectiva idealizada, casi irreal, de los autores literarios, por lo que poco aporta al estudio estrictamente antropológico.

Hemos localizado algunas referencias a salineras de otros centros europeos y latinoamericanos, aunque a través de los referidos filtros. Una de ellas es la protagonista del relato *Una historia de aparecidos*, escrito por el francés P. Chevallier y que, en España, se difundió a modo de folletín. Se trata de una ficción influenciada por autores como Charles Dickens o Washington Irving que se ambienta en la aldea de Saillé, región del Loira (Francia). Catharina Penoyer se nos presenta como una “hermosa salinera [...] cuya blanca papalina envuelve un semblante más alegre y más seductor que todas las demás: su corto jubón morado y su elegante saya encarnada dejan adivinar una pierna y un talle sin rivales en el país [...] Es cortejada por los más gallardos mozos y los arrendatarios más considerables de la aldea”⁹. Ninguna información aporta más allá de su condición como objeto de deseo, pues pese a contextualizarse en un paraje real, esta industria de la que vivían sus vecinos solo sirve para introducir un relato de fantasmas con su correspondiente moralina.

También, incidiendo más en su carácter erótico que en cuestiones a nuestro juicio más interesantes, citaremos a las protagonistas de otro texto ambientado en las mismas salinas bretonas de Guérande, de las que el autor, F. Ménétrier, toma su título:

⁹ ANÓNIMO: “Una historia de aparecidos”, *El Corresponsal* (11-X-1839).

Entre aquel ambiente perfumado pasan armoniosas figuras de mujeres. Las salineras, con las nervudas piernas al aire, con sus haldas cortas y pomposas, pasean los rastrillos por la sal como sobre la fina arena de un jardín, mientras las largas cintas de sus gorros medioevales recuadran sus rostros dándoles la serenidad enigmática de las esfinges. Mezcladas con las salineras, pasan por las estrechas sendas otras mujeres, que se recortan sobre el cielo gris, portando cántaros con gestos serenos de canéforas, pues como en aquel país marítimo el agua nace impregnada de sal, solo es notable la llovida del cielo que reposa en cisternas de granito, inmóvil y dormida¹⁰.

Aquí, al menos, se nos aporta algo más de información sobre la tarea de estas mujeres que se dedicaban a pasar los rastrillos para preparar el terreno, así como sobre la existencia de otras cuyo rol era el de aguadoras (suponemos que para calmar la sed de sus compañeros masculinos). Curiosamente, postales gaditanas de finales del siglo XIX reflejan roles muy similares a los aquí descritos, como ya observaron Alonso, Ménanteau, Rubio y Serveto en *Salinas de Andalucía*¹¹.

Vayamos ahora más al norte, concretamente a la bahía del Monte Saint-Michel que comparten las regiones de Normandía y Bretaña, y donde transcurren algunos de los pasajes de la novela de Fortuné du Boisgobey *La trenza rubia*, publicada originalmente en 1875, aunque contextualizada hacia 1847 y distribuida por entregas en España en 1896. Los personajes de Chateaubrun y Sartilly quedan sorprendidos al descubrir chozas techadas con latas, braseros alimentados por juncos secos y hombres casi desnudos que en este punto fabricaban sal a partir del agua del mar, lo que sumado a las dificultades para circular por el terreno recuerda notablemente al contexto homólogo del sur de la península ibérica. Aquí, sin embargo, empleaban vasijas para evaporar el agua por ignición:

En un rincón una mujer anciana sacaba la sal obtenida por aquel primitivo procedimiento, que toleraba aún el fisco en aquella época, por respeto a una costumbre casi inmemorial y que hubo de intervenir después. Esta pobre industria con que se mantenían algunos ribereños de la bahía necesitaba cierta vigilancia, y los aduaneros en aquella costa, que era inabordable para los navíos, no tenían otra ocupación que visitar las salinas¹².

Más allá de analogías conceptuales —costumbre inmemorial, pobreza, bahía, aduanas, navíos...— llama la atención la participación de mujeres entradas en edad que forman parte del engranaje de producción.

Al otro lado del Atlántico, tenemos noticia de que hombres, mujeres y niños de la isla de Coche (Nueva Esparta, Venezuela) se convertían en salineros durante

¹⁰ MÉNÉTRIER, FÉLIX: “Salinas bretonas”, *Blanco y Negro* (25-VIII-1906).

¹¹ PÉREZ, ALEJANDRO: *Salinas de Andalucía*, Sevilla, Junta de Andalucía, 2004, pp. 40-41.

¹² Boisgobey, Fortuné du: “La trenza rubia”, *La Rioja. Diario Imparcial de la Mañana* (3-VI-1896).

la época de recolección, que tenía lugar a mediados del verano. Durante la puesta de sol, circulaban en fila para llegar a la laguna donde los operarios permanecían trabajando hasta el amanecer. Es más, “por lo regular las mujeres son las que cargan la sal”, dice literalmente la fuente consultada¹³. También tenían cierta presencia en Salinas Grandes (La Pampa, Argentina), pero reducida a la cocina y al sostenimiento de la denominada olla popular, en segundo plano, pese su importancia en momentos de emergencia como los vividos a principios de los setenta por no existir vinculación directa con la producción y la fuerza física¹⁴.

En cuanto a las españolas, eran tradicionalmente mujeres las encargadas de fabricar sal en el barrio de Dorlas (Leintz Gatzaga, Gipuzkoa) utilizando calderas que existían en sus propias casas hasta las que llegaba agua salobre desde un manantial cercano¹⁵. Alguna referencia aislada a las madres, esposas o hijas de los integrantes de gremios similares como el de los marineros gallegos para el que Lustres pedía un digno retiro. Tal es el caso de “la nieta de uno que ha sido lobo de mar, que abandona la casuca miserable y lleva a la playa los trebejos de pesca con que el abuelo saldrá unas brazas aguas afuera en busca del cotidiano yantar”¹⁶. Más estudiada está su presencia en el poblado salinero de San Pedro del Pinatar (Murcia), donde en 1924 residían dieciocho mujeres, la mayoría esposas de jornaleros y carabineros, sin especificarse más sobre ellas que su dedicación a las labores del hogar¹⁷.

La idealización o el romanticismo inherentes a la literatura constituyen inconvenientes a la hora de hacer un retrato fiel de la salinera gaditana tomando la prensa como referencia, pues el principal son todos esos tópicos que siguen pesando sobre Andalucía hasta hoy día, promovidos en gran medida por el sector artístico de esta región, y que ya Enrique Fajardo denunciaba en 1927¹⁸.

Con estos antecedentes, es decir, sabiendo que la imagen que recreemos se aleja de la realidad, consideramos interesante reflejar cómo esboza la salinera esa misma literatura, pues pese a todo y a estas alturas forma parte de un patrimonio que no podemos ignorar.

¹³ ANÓNIMO: “La sal del Mar Caribe”, *Caras y Caretas* (18-XI-1916).

¹⁴ DI LISCIA, M.^a HERMINIA: “Memoria de la huelga de Salinas Grandes”, *Convergencia. Revista de Ciencias Sociales*, n.º 38 (2005), pp. 145-148.

¹⁵ REAL ACADEMIA DE LA HISTORIA: *Diccionario Geográfico-Histórico de España. Sección I. Tomo II*, Madrid, Viuda de Joaquín Ibarra, 1802, pp. 282-284.

¹⁶ LUSTRES, MANUEL: “El retiro para los trabajadores del mar”, *La Voz. Diario independiente de la noche*, 10-IX-1926.

¹⁷ CANYELLES, TOMEU: *Grano a grano. Historia de Salinera Española S. A. (1871-2015)*, Palma de Mallorca, Lleonard Muntaner, 2015, pp. 72-73.

¹⁸ FAJARDO, ENRIQUE: “La otra Andalucía”, *La Voz. Diario independiente de la noche* (15-XI-1927).

El primero en centrarse en la mujer de las salinas de San Fernando es Benito Más y Prat¹⁹, pues según relata coincide con quien, durante su viaje en tren hasta Cádiz²⁰, se describe como una “humilde salinera”. De ella dice que es una mujer fina, modesta y de buen trato, aunque los datos son circunstanciales; con aire apesadumbrado debido a su reciente viudedad, vestida de negro con mantón de manila y flecos brillantes, y un pañuelo para enjugarse. Se recrea en sus “hermosos ojos garzos” y en su peinado, “de esos que usan las gaditanas: alto, redondo, gracioso, y llevando el rizo al lóbulo de la oreja”, también en su “redondo seno como una nube que ocultaba nebulosas de etérea transparencia”. Destaca que “respiraba beatitud graciosa y reposada” y, sobre su acento, que “sonaba como linfa deliciosa”.

La arquetípica descripción que el poeta hace de la viuda, comparándola con la Virgen de los Dolores, da otra vuelta con un tercer personaje que la confunde con una “flamenca” y a quien él mismo reprende dejándole claro que “es gaditana”. Iba a San Fernando para vender la herencia recibida, “un estero en las salinas que median entre esta ciudad y Chiclana” y que, según declaraba, daba más que de sobra para que una familia viviese de forma holgada. Allí la esperaban dos hijos. Según este autor, las mujeres tenían un papel activo en la fiesta de la despesca. Un episodio, donde “jóvenes de ambos sexos entrelazan sus cañas y sus anzuelos”. Más adelante, explica cómo “alguna caprichosa pescadora pone a los pescadillos en su falda”.

Muy poco después de Benito Más, hallamos el texto *La Rosario* de Antonio Milego, quien sin duda supo trasladar la jerga popular al papel de periódico. El relato, recordemos, pertenecía a un inédito libro titulado *Tomar la tierra*, según consta a pie de página, y está protagonizado por un solitario capataz que pierde la cordura entre los recuerdos de su hija muerta en aquella misma salina:

Rosario era la mejor moza de la ribera. Diez y siete años que parecían diez y siete bendiciones del Señor. Sus ojos negros como la endrina recogían todas las penas para cambiarlas en luz y alegría. Su boca daba envidia a las fresas y en sus mejillas y en su frente se apretujaban los jazmines y las rosas de toda Andalucía. En el hoyito de su barba hubieran querido enterrarse todos los dichosos que la veían, y el viento se paraba a jugar con los cabellos de Rosario cuando en ellos se enredaba²¹.

¹⁹ MÁS, BENITO: *La tierra de María Santísima. Colección de cuadros andaluces*, Barcelona, Sucesores de N. Ramírez y C.ª, 1891, pp. 345-362.

²⁰ Aun tratándose de un relato ficticio, incluye elementos reales. Al pasar por La Carraca, por ejemplo, cita el Submarino Peral que, en efecto, fue botado por primera vez en aguas de dicho arsenal tres años antes de la publicación de estas líneas.

²¹ MILEGO, ANTONIO: “La Rosario”, *La Correspondencia de España. Diario político y de noticias. Eco imparcial de la opinión y de la prensa* (11-XI-1894).

Si Mas se recreaba en la madurez de la salinera, Milego lo hace en la juventud, pero, como aquel, no va más allá de los encantos femeninos del personaje, que, si no ficticio, se muestra contaminado por florituras literarias que le restan verosimilitud, como ocurre con la mayoría de féminas presentes en relatos de la época. Dato de interés es cuando el protagonista afirma que en la salina todo lleva su nombre, hasta la propia explotación, pues, en efecto, existió una salina denominada *Ntra. Sra. del Rosario*, popularizada como del *Rosario*, como solía ocurrir en estos casos.

¡Y qué cuerpo, Madre de Dios! Parece que la estoy viendo... Era alta, espigada, con un talle que lo abarcaban los dedos de la mano, y unos andares que no hay manera de comparar. Si corría, semejaba pájaro huyendo del cazador; si bailaba, con altiva arrogancia, los graciosos replantes competían con las ondulaciones de las caderas; ¿y la mano derecha? ¡Válgame Nuestro Padre Jesús! No hay obispo que reparta mejor las bendiciones. Ella se traía locos a todos los chiquillos de las afueras. Los de la ciudad también pasaban sus duras; pero a nadie hacía caso...²².

Su condición como objeto de deseo remite a las descripciones de Catharina Penoyer, al punto de que, como aquella, se permitía la licencia de rechazar a todos los pretendientes que la cortejaban, si bien, en este caso, muere víctima de su propia vanidad al intentar besar su reflejo en el estero, clara referencia al mito clásico de Narciso. Volveremos a encontrar tal característica en la obra de Valverde analizada a continuación, pese a que la actitud de la protagonista es bien distinta. Belleza, vanidad, soberbia... poco aporta el texto, en cambio, para esbozar el comportamiento real de la mujer en la salina, del día a día de sus labores, como sí ocurre con el capataz, cuyos datos encajan a la perfección con lo que sabemos de los salineros. Quizá el sentimiento de soledad que se cernía sobre los individuos en estos territorios alejados del casco urbano sea la única realidad.

Valverde vuelve sobre los tópicos universales como la capacidad de la mujer para hacerse cargo de las faenas, su condición de deseada o la tendencia al sentimentalismo²³. El relato rezuma un evidente aire coplero, lo cual, unido a la faceta de su autor como compositor de canciones andaluzas, obliga a ponerlo en cuarentena. Este tiene lugar en la salina de “la Juana”²⁴, con nombre y ubicación no especificados. De existir, debió ser importante, pues es descrita como “la más rica y dilatada de todas las chichlaneras”, mientras de su estero indica que “ninguno [es] tan juncal y tan famoso”.

²² *Op cit.*

²³ VALVERDE, SALVADOR: “La fiesta del estero”, *Blanco y Negro* (24-X-1926).

²⁴ No era extraño que los dueños prestaran su nombre —de hecho, o de derecho— a la explotación, pero no parece que Juana fuese la propietaria, ni hemos localizado datos sobre ninguna salina así denominada.

De Juana, “el ama”²⁵, dice Valverde que “con sus cuarenta primaveras, [es] viuda y apetitosa más que los langostinos de su estero”, además de alabar sus aptitudes para gestionar la salina y la casa, estar pendiente de los “bolichones” y controlar a su hija adolescente. A esta última, Juanita, la define como una “rosa de las salinas” que, contra el deseo de su madre, se enamora de *Pacorriyo*, un chico de 16 años que trabajaba como *hormiguilla* en la explotación contigua y acabó emigrando a Argentina. Es curioso que el autor funda en su obra las dos edades exaltadas por Más y Milego de manera separada: la juventud y la madurez, pues, aun siendo ficticios, estos personajes permiten que nos hagamos una idea sobre la prototípica salinera o la imagen que proyectaba hacia el exterior por parte de los medios más conservadores.

3. La capataza

Mucho se ha escrito acerca de la compleja organización laboral de los operarios en las salinas gaditanas, la cual puede dividirse en tres grupos básicos como son los salineros, quienes extraían la sal de los tajos para depositarla en el salero; los mareantes o personal de barquería, encargados de conducir el producto en canchales a través de los caños hasta la Bahía, donde esperaba el buque exportador, y los alijadores: aquellos que colocaban la sal a bordo de este último. Los primeros se subdividen, a su vez, según la operación concreta que realizasen en la salina: paleros, cargadores, *hormiguillas*, vaciadores, montoneros..., roles supervisados por el capataz y ampliamente estudiados por diversos autores²⁶.

Rodríguez afirma que la mujer gozó de una importante presencia social en Cádiz respecto a otras regiones durante la Edad Moderna, pues la actividad comercial con las Indias requería que sus maridos se ausentaran largos períodos durante los cuales eran ellas quienes quedaban al frente de la familia²⁷. Está constatada su actividad en servicios no estructurados en gremios, pero tenían mayor dificultad para dedicarse a aquellos que, como el de la sal, se regían por los mismos. Todo esto refiriéndonos, claro está, al estrato alto: el gremio de los salineros era más una asociación patronal. No tenemos constancia de sociedades obreras salineras hasta la segunda mitad del XIX y ninguna de ellas contempla al elemento femenino frente a la profusión de costureras, dependientas, vendedoras ambulantes o cigarreras en la capital. Otro factor determinante es la naturaleza de los

²⁵ Debe referirse a la viuda del capataz, que asumió las funciones de este tras su fallecimiento.

²⁶ GIL, MARIBEL y PÉREZ, ALEJANDRO: “El salinero artesanal, un modo de vida casi olvidado”, en A. Pérez (coord.), *Salinas de Andalucía*, Sevilla, Junta de Andalucía, 2004, pp. 80-89; TORREJÓN, JUAN: “La sal de la Bahía de Cádiz...”, pp. 111-114; RIVERO, ANTONIO JESÚS, SÁNCHEZ, ADRIÁN y PÉREZ, ALEJANDRO: *Maestros de la sal*, Cádiz, Universidad de Cádiz, 2015, pp. 95-101.

²⁷ RODRÍGUEZ, JOSÉ MARÍA: *Los gremios de la ciudad de Cádiz*, Sevilla, España, Autoedición, 2012, pp. 41-45.

espacios domésticos en los que se movían las mujeres, pues sus funciones como persona, madre y pilar de la unidad familiar varían desde un entorno urbano a otro de carácter rural como el que nos ocupa²⁸.

Resulta paradójico que llegados a este punto nos veamos obligados a tirar una vez más de la literatura, pero se da la circunstancia de que la única referencia escrita a la esposa del capataz —quien junto a él residía en la propia salina— procede de unas coplillas populares (recogidas por Aleu) que los trabajadores solían entonar durante su jornada laboral haciendo referencia a momentos clave como la despedida, el tren de las dos, que marcaba el ecuador del día o el momento del almuerzo, cuando se oía... *Ya subió la bola / pa que la capataza / eche el arroz en la olla*²⁹. Esto nos permite enlazar con testimonios orales de descendientes de salineros, que confirman que así se llamaba a la mujer del capataz.

El *Dori* y los hermanos Ruiz Belizón

Muchos recuerdan que antiguamente, hacia el ecuador del siglo XX, era costumbre que la capataza preparara la comida para todos los trabajadores. Es el caso de Antonio Sánchez Rodríguez, cuyos padres, Josefa Rodríguez Domínguez y Salvador Sánchez García *el Dori*, fueron capataces de las salinas *San Felipe* y *Sagrada Familia*.

Mi madre cocinaba de todo con apenas ingredientes: pescado del mismo estero o patatas con algo de aceite y una ramita de laurel. Con el tiempo, cambió la costumbre de dar de comer a los trabajadores que empezaron a llevarse su propio costo. También cuidaba de un corral pequeñito que mantenían allí con permiso del propietario, coger agua del aljibe —no había agua corriente— e ir al centro para comprar lo imprescindible, con su marido, ambos montados en burro. Era muy extrovertida, con la gracia propia de las gaditanas, siempre en traje y bata³⁰.

Este testimonio es similar al de Jaime Ruiz Coto, cuya vinculación con las salinas se remonta varias generaciones. Su abuelo, José Ruiz Belizón, se hizo cargo junto a su hermano Joaquín de las salinas *Valvanera* y *Santa Teresa de la Paz*, allá por los años veinte y, más adelante, *Santa Ana de Bartivás*. Posteriormente adquirió en solitario la salina *San Vicente*. Su padre, José Ruiz Velázquez, la heredó y fue ampliando el negocio con otras como *San Francisco*, *Santa Bárbara*, *Patricio* y *Aurora*, la *Imposible* o *Concha y Regla*, cada una de las cuales tenía su propia pareja de capataces. Él y su mujer, Ángeles Coto Sucino, seguían ejerciendo ese cargo en *San Vicente*, donde estaba la residencia familiar:

²⁸ NOGUÉS, ANTONIO MIGUEL: “Una crónica social del cambiante siglo XX”, en A. Ramos (coord.), *Cádiz, la provincia en el siglo XX*, Cádiz, Fundación Provincial de Cultura, 1999, pp. 145-154.

²⁹ ALEU, SALVADOR: *Flamencos de La Isla en el recuerdo*, Cádiz, Islaña de Prensa, 1991, pp. 17-22.

³⁰ Testimonio de Antonio Sánchez Rodríguez, noviembre de 2019.

Ella limpiaba, cosía, planchaba y hacía las listas de la compra, aunque era mi padre quien iba al centro. Recién casada, aún en *Bartivás*, llegó a cuidar del funcionamiento del molino de mareas mientras él atendía los carros que llegaban por sal. Al principio cocinaba puchero para todos los salineros, después, cuando se instauró la costumbre del costo, les calentaba la comida que le pasaban por un torno para no tener que entrar en la cocina llenos de barro. Era sociable y coqueta, corría a su cuarto para arreglarse en cuanto veía a alguien acercarse a la puerta y solo salía de allí con mi padre, para visitas puntuales o ir de público a algún espectáculo³¹.

Los costos, por cierto, también eran preparados por mujeres: esposas que quedaban en sus casas como la abuela de Carmen Baena, Carmen Delgado, quien además de aplicar goma laca en las piernas de su abuelo, José Baena Estudillo, para protegerlo de las yagas provocadas por la sal, acudía puntualmente a las salinas *San Juan* o *Tres Amigos* con la comida recién hecha.

El Corazón de San Agustín

Manuel Ruiz Pecci y María Vila Barea eran los capataces del *Sagrado Corazón*. Tuvieron ocho hijos: Manuel *el Titi*, Isabel, Francisco, Ramón, Esteban, Joaquín, Dolores y Carmen Ruiz Vila. El único hijo de Esteban recuerda así a su abuela y a sus tías:

Estaban siempre alrededor de la cocina, sin que tuvieran ninguna implicación salinera. Ahora bien, el pescado que allí se comía era una auténtica delicia. A ellas las recuerdo alrededor de los trabajos de la casa, especialmente de los fogones, quizás porque me encantaba comer y ellas me trataban con mucho cariño. Quizás mi abuela era una persona que parecía más preparada culturalmente, porque siempre me daba consejos que me impresionaban. Se interesaba por lo que aprendía en el colegio y me recomendaba que atendiera a mi madre, viuda, pues yo era su único hijo. Todo en términos que me parecían de alguien más preparado de lo que era habitual en el ambiente salinero³².

Las mujeres hacían la vida en la salina y eran sus maridos quienes acudían al pueblo casi a diario. Contaban con un *hormiguilla* que montado en burro iba a hacerles los recados, grandes dotes para la cocina, corral con animales y pequeños huertos donde cultivaban hortalizas. Vestían ropa de casa y delantal. Otro nieto de María, hijo de Ramón Ruiz Vila, asegura que, aunque no extraían sal de la tajería, sí trabajaban de *hormiguillas* y en la noria. Al menos tres de los hermanos continuaron la tradición familiar al frente de alguna salina. Ramón y su mujer, Carmen Mainé Barral, heredaron el cargo en la del *Corazón*. Joaquín, casado con Ana Benítez, se convirtió en capataz de la denominada *Belén*, y Carmen se hizo cargo de *San Félix*, como luego veremos.

³¹ Testimonio de Jaime Ruiz Coto, noviembre de 2019.

³² Testimonio de Manuel Ruiz Martínez, noviembre de 2019.

Se da la circunstancia de que un hermano de Manuel Ruiz Pecci, Francisco, era, como él, capataz en una salina próxima: la de *San Agustín*. Allí crecieron los hijos que tuvo con Rosa Rosales, más conocida como *abuela moño*: Enrique, Antonio *el Macho*, José, Salvador, Rafael *el calentito* y Dolores. Sobre esta última nos cuenta su bisnieta:

La llamaban Lola *la de San Agustín* porque se crio en esta salina. Como hija mayor asumió con frecuencia las labores domésticas y la crianza de sus hermanos. Más tarde se casó con Francisco Pérez Lagarde, pero enviudó muy joven con dos hijas pequeñas —Rosa y Francisca— y embarazada de un varón que se llamaría como el padre, aunque sus amigos acabarían conociéndole como *Guili*. No heredó ningún cargo en la salina por ser mujer viuda³³.

Puede decirse, por tanto, que los hijos de ambos matrimonios —Manuel Ruiz y María Vila, capataces del *Corazón*, y Francisco Ruiz y Rosa Rosales, capataces de *San Agustín*— se criaron prácticamente juntos. Y sucedió algo que a mediados del siglo XX y, especialmente en el mundo salinero, era de lo más común: Carmen Ruiz Vila y Salvador Ruiz Rosales se enamoraron siendo primos hermanos. Ella siempre fue una mujer de armas tomar. Durante el noviazgo, allá por los años treinta, Salvador ocultaba su acordeón entre los arbustos antes de llamar a su puerta para que no se enterara de que, tras la visita, no volvería inmediatamente a casa, sino que se iría de fiesta flamenca con su hermano hasta altas horas de la madrugada. Una vez casados, se convirtieron en capataces de *San Félix*, junto al río Arillo, y tuvieron dos hijos.

Margarita Ruiz Ruiz vivió allí los primeros veinte años de su vida buscando nidos de *gallagolitos*³⁴ y metiéndose en los tajos, sintiéndose una más entre los trabajadores que extraían, trasladaban y colocaban la sal en montones, y disfrutando con las herramientas salineras que a pequeña escala le fabricaba su padre, un artista de la carpintería que también solía perfeccionar las de sus compañeros enchapándolas para que tardaran más en degradarse. A su madre, Carmen, la recuerda con estas palabras:

Preparaba la comida temprano, lavaba la ropa y estaba al cuidado de la casa. Vestía traje corriente con escote cuadrado y mangas cortas en verano, nunca a hombro descubierto o sin su delantal de cuadros blancos y negros, con dos bolsillos y peto hacia arriba, bien grande para que cubriera todo el vestido. Solo se arreglaba un poco cuando salía los domingos con mi padre para comer en alguna venta, ir a la feria o a los toros, pues entre semana dedicaba el tiempo libre a escuchar novelas en la radio y tejer paños de cocina y colchas a crochet. Algunos festivos tenían que quedarse en casa, porque aparecían los jefes para

³³ Testimonio de María Pavón Romero, febrero de 2020.

³⁴ Es la forma que tienen de referirse muchos salineros al chorlitejo, especie de ave muy común en las marismas de la zona.

comer cangrejos que mi padre cogía en los esteros y ella se encargaba de cocer, esto la ponía de muy mal carácter³⁵.

Salvador y Carmen tuvieron otro hijo que ya no vive. Era el hermano mayor de Margarita. Al igual que su padre y muchos otros, Francisco Ruiz Ruiz también contrajo matrimonio con una prima hermana, concretamente con Carmen Ruiz Mainé, hija a su vez de los capataces del *Sagrado Corazón* Ramón Ruiz Vila y Carmen Mainé Barral.

Los condes de las salinas

Diego Jiménez Carrillo y Pura Rodríguez Foncubierta fueron los capataces de la *Covadonga*. Pura nació en una familia humilde allá por los años veinte. No le dio mucho tiempo a disfrutar su infancia, pues su madre, Isabel Foncubierta, una isleña del barrio de las Callejuelas, falleció al dar a luz a Antonio, el último de siete hermanos que respondían a los nombres de José, Manuel, Antonia, Isabel y Carmen, además del ya citado y la protagonista de este relato. Con apenas ocho años, Pura se hizo cargo de la casa y tenía que preparar cada día la comida para cuando llegara su padre, Antonio Rodríguez, quien al enviudar cogió las riendas de la salina *San Salvador*. Con doce, lo perdería a él también. Según su hijo Ramón:

Pura fue una mujer adelantada a su tiempo, me atrevería a decir que era un alma vieja. Tenía una sabiduría interior, una dulzura, una educación y un saber estar que impresionaba a todo aquel que la conocía. Sus hijos la recordamos como una mujer de bandera que supo capear los temporales. No había carga que no se echara a la espalda ni situación a la que no sacara una sonrisa³⁶.

El marido de Pura, Diego, era hijo de Antonio Jiménez Pérez, popularmente conocido como *el conde*. Fue capataz de las salinas *San Judas* y los *Santos* y estaba casado con Pilar Carrillo Torrejón, quien dio a luz siete hijos: Diego, José, Manuel, Dolores, Antonia, Luis y Ramón Jiménez Carrillo. Así la recuerda su nieto Antonio:

Mi abuela Pilar pertenecía a una generación anterior a la de mi madre. Nos calzaba cuando parábamos en su casa de camino al colegio porque llevábamos los zapatos llenos de barro. Entonces las mujeres vestían de negro riguroso, con delantal y una tela sobre la cabeza para protegerse el pelo; llevaban pañuelos de respeto, aunque nunca preguntábamos los motivos, y otros que eran multiusos, para no quemarse con el mango de la sartén y secar lágrimas a los niños³⁷.

³⁵ Testimonio de Margarita Ruiz Ruiz, noviembre de 2019.

³⁶ Testimonio de Ramón Jiménez Rodríguez, febrero de 2020.

³⁷ Testimonio de Antonio Jiménez Rodríguez, noviembre de 2019.

Al menos dos de sus hijos establecieron vínculos conyugales con otras conocidas familias salineras: José Jiménez Carrillo se casó con Ana Molina Olvera, nacida en la salina de la *Magdalena*, y Antonia Jiménez Carrillo, *Antoñita la del conde*, con Santiago Ruiz Castañeda, nieto de los capataces de *Tres Amigos*.

Los Molina de la Magdalena

Juan Manuel Molina Tocino era capataz y dueño de la *Magdalena*, aunque a lo largo de su vida también estuvo vinculado a otras como la *Margarita*, el *Vicario* o *San Ricardo*. Se casó tres veces, por lo que tres mujeres diferentes ejercieron como capatazas junto a él. La primera, Ana Trujillano, dio a luz un solo hijo, José Molina Trujillano, que sucedió a su padre al frente de la *Magdalena* con su esposa —y prima hermana— Rosalía Trujillano Santos. La segunda, Dolores Olvera Tocino, parió ocho hijos que también crecieron en esta salina: Juan, Antonio, Ana, Diego, Manuel, Joaquín, Dolores y Salvador Molina Olvera. Con la tercera, Guadalupe, no llegó a tener descendencia. Una hija de Ana Molina Olvera nos trasmite lo siguiente:

Mi abuelo Juan era un hombre muy tierno. Todos lo querían porque era muy consciente de las necesidades de la gente y tenía una mesa enorme donde sentaba a comer a cualquiera que entraba en casa. Mi abuela murió cuando yo tenía cuatro o cinco años, pero siempre me han hablado de su nobleza. Ni ella, ni mi madre, ni mi tía trabajaron nunca en la salina, aunque mi madre se encargaba de pagar los jornales antes de casarse. Yo sí fui *hormiguilla*, entonces era una cosa normal para los que vivíamos allí. Íbamos descalzos y la sal nos cortaba los pies, escocía, pero lo recuerdo con cariño y orgullo³⁸.

Juan Molina Olvera también fue capataz en la salina *San Ricardo*. Estaba casado con Fernanda Pérez Ramos y su hija conserva gratos recuerdos de aquella época:

De pequeña pasaba los veranos en la salina y andaba de *hormiguilla*. Recuerdo ir con mi padre a darle agua a los tajos, luego a cerrarlos, a tomar la marea... también las fiestas de la despesca y cómo jugaba en los montones de sal con mis hermanos. En invierno me quedaba con mis tíos Antonio y Ana para poder ir al colegio [...] Mi padre padecía de asma, cuando estaba malo era mi madre la que cogía el *joroaor* para darle agua a la salina y cerraba las compuertas, o se ponía su pantalón y su gorra y se iba al molino para evitar que robaran sal cuando llegaban barcos a Gallineras³⁹.

Fernanda, acompañada del perro del matrimonio, se hacía pasar por su marido para impedir el hurto de sales en épocas de necesidad, pero gestos valientes

³⁸ Testimonio de Dolores Jiménez Molina, febrero de 2020.

³⁹ Testimonio de Juana Molina Pérez, febrero de 2020.

como este apenas tenían repercusión, y solo la memoria de sus descendientes constituyen hoy el soporte de tales recuerdos.

Las capatazas de San Federico

Juan Antonio Benítez Sánchez de la Campa y Josefa Guerrero fueron capataces de una salina en Chiclana. Nadie recuerda cuál, pero sí que su hijo, Miguel Benítez Guerrero, lo fue del *Cañaverál*, la *Matilde*, la *Beatriz*, *San Basilio*, *Sacramento* y *San Federico*. Estaba casado con Magdalena Aragón Trujillo, de la familia de los *Manchaneros*:

Tenía un carácter fuerte que luego heredó su hijo José María, hombre íntegro para el que la palabra y un apretón de manos eran más que un contrato escrito. Cocinaba el almuerzo a los salineros con los avíos que uno de ellos se encargaba de llevarle cada mañana tras pasar por la plaza y por el estanco de Emilio, en la calle La Vega esquina con Segismundo Moret. El menú era siempre el mismo: una sopa de puchero a media mañana y el arroz de la salina con la *pringá* para el almuerzo, aunque cada uno se traía además lo que tuviera en casa para acompañar y fruta del tiempo⁴⁰.

Miguel y Magdalena tuvieron cuatro hijos: Manuel, José María, Juan y Rosalía Benítez Aragón. Tras el fallecimiento del primogénito a raíz de una enfermedad contraída en la Batalla del Ebro, de la que fue superviviente, será su hermano José María quien herede el cargo de capataz al frente de salinas como *San José* y *Santa Ana* (*Rubial Chico*), *San Miguel* y *San José* (el *Guari*), *San Joaquín* y *Santa Ana* (la *Candelaria*), *San Juan Nepomuceno* (la *Barleta*), *San Federico*, *Santa Beatriz*, *San Basilio* o *Santa Matilde*. Siempre de la mano de su mujer, Petronila Fornell y Cabeza de Vaca:

Era hija de Diego Fornell *Miñori*, armador de pesca chiclano que entre otras cosas surtía a *Paquiqui* para la elaboración de sus famosas conservas. Era una mujer inteligente, muy ocurrente, habilidosa para la costura y el dibujo, siempre pendiente de sus hijos y de su marido. La cocina no le gustaba, pero no le quedaba más remedio que cocinar para la familia y los trabajadores. Siempre contaba historias sobre la vida en las salinas⁴¹.

De este matrimonio nacieron Manuel, Miguel, José María y Carmen Benítez Fornell, aunque solo el primero trabajó esporádicamente en las labores de extracción de la sal.

⁴⁰ Testimonio de José María Benítez Fornell, marzo de 2020.

⁴¹ Testimonio de Manuel Benítez Sánchez, febrero de 2020.

Las hermanas Dolores y Carmen Utrera Pérez

Jerónimo García Sánchez y Dolores Utrera Pérez *Jeroma* fueron capataces en la *Covadonga*, la *Margarita*, *San Judas*, *San Vicente* y el *Vicario*, pero donde más tiempo estuvieron fue en *San José*. Aunque vivían en el barrio de Gallineras, tenían en el molino de mareas existente en esta salina una especie de segunda residencia. Dolores ayudaba a sus hijos, cuando eran *hormiguillas*, a cargar y descargar los burros mientras ellos descansaban, porque empezaron a trabajar desde muy pequeños⁴². De los catorce, todos nacidos entre montones de sal, destaca Antonio García Utrera, casado con Dolores Benítez García, al suceder a sus padres como capataz del molino; pero también sus hermanos Manuel, José y Sebastián García se dedicaron al negocio.

Una hermana de Dolores Utrera, Carmen Utrera, fue asimismo capataza en el *Carmen de San Miguel*. La llamaban *Simona* porque su marido era Simón Jaén Benavides. Su hija Carmen Jaén Utrera tiene la historia de su familia casi tan presente como las marcas de sal en sus piernas:

Mi madre preparaba la comida de los jornaleros. Vestía bata, rebeca y unas alpargatas. Tuvo tres hijos, dos de ellos mujeres. Siempre contaba lo mal que lo pasó una noche de Reyes. Llovía mucho y cuando volvía a la salina con mi padre se les cayeron los juguetes en la *vuelta de afuera*, una muñeca de cartón y un carro para mi tío. Por la mañana nos mandaron allí a buscarlos, pero estaban hinchados. También recuerdo que cuando se puso de parto por mi hermana tuvieron que cruzar el caño para buscar a la matrona⁴³.

Por cierto, el único hijo varón de Simón Jaén y Carmen Utrera, Antonio Jaén Utrera, contrajo matrimonio con Ana Molina Trujillano, hija de los capataces de la *Magdalena*: José Molina y Rosalía Trujillano, de quien ya hablamos en su correspondiente apartado. Todo quedaba en familia.

4. Reflexiones finales

La mayor parte de las citas literarias y hemerográficas en que confluyen los conceptos de mujer y sales de Cádiz, salinas de Cádiz, salinas de San Fernando o cualquier otra variación dentro del mismo tema, se reducen a enaltecer el rol femenino desde una perspectiva arcaica, que bebe directamente de los tópicos que tradicionalmente han lastrado a Andalucía a través de la copla, el teatro y otras manifestaciones del folclore popular.

⁴² Testimonio de Milagrosa García Benítez, febrero de 2020.

⁴³ Testimonio de Carmen Jaén Utrera transmitido por su hija Yolanda Castaño Jaén, febrero de 2020.

La presencia de las mujeres es nula en los acercamientos que desde distintos ámbitos del saber se han realizado sobre la industria salinera gaditana, debido a que esta apenas tomaba partido en las tareas de mantenimiento de las salinas y mucho menos en las de extracción y carga de la sal. Solo algunos testimonios recientes reconocen la colaboración puntual de la mujer a modo de *hormiguilla* o aguadora, como también reflejan tarjetas postales de principios de siglo e informaciones relativas a otros centros productores de Europa.

Su ausencia en los papeles no implica una labor mucho menos dura que la que llevaban a cabo sus compañeros, pues a las labores domésticas de cualquier ama de casa se añaden complicaciones derivadas del contexto en el que residían, tales como la lejanía respecto a infraestructuras comerciales y de ocio o ausencia de agua corriente cuando esta comenzó a popularizarse. Hasta mediados del siglo XX, además, era costumbre que la capataza se encargara de preparar la comida para todos los trabajadores de la salina, bien temprano y con los escasos medios de que disponía. Recoger agua del aljibe, cuidar de pequeños huertos o corrales instalados junto a la casa salinera completaban su mochila de responsabilidades. Las hijas del matrimonio capataz, si las tenían, ayudaban a su madre en todo lo anteriormente expuesto hasta que contraían matrimonio y, en muchos casos, establecían su residencia en el centro.

Solo en la década de los sesenta comienza a gestarse el arquetipo de una figura, la de la salinera como símbolo festivo, a la que nunca se había prestado atención y de la que apenas se toman datos al configurar este constructo. Estas primeras reinas de los Juegos Florales de la Sal, además, pertenecen a familias de un estrato social alto: son hijas de altos cargos de la Marina, tan arraigada en la ciudad de San Fernando, de dirigentes políticos locales o de personalidades con apellido conocido en la zona. Todas ellas, muy alejadas en espíritu y estética de lo que entendemos como una salinera tradicional.

Curiosamente, cuando la reina de los Juegos Florales de la Sal pasa a convertirse en salinera mayor con las Fiestas del Carmen y de la Sal, en 1979, seleccionan para el rol a María Luisa Montero Rivero, quien sí contaba con raíces salineras y llegó a pasar gran parte de su infancia disfrutando entre pirámides de sal: su padre, Antonio Montero, quedó huérfano muy joven y fue criado por el tío de este, Miguel Montero y su mujer, Virtudes, capataces de la salina *Ntra. Sra. de la O.*